

Eucaristía: la mesa del sentido

Celebración multicultural del jubileo

VÍCTOR MARTÍNEZ M., S.I.*

RESUMEN



La celebración de la eucaristía en los inicios del tercer milenio exige una mirada omnicomprensiva de la realidad en la que esto ocurre. celebra. La eucaristía encarna en un mundo de ausencias y presencias, ególatra y dador de vida, pluricultural y dador de sentido desde dimensiones que se convierten en perspectivas, horizontes y son a su vez planos y visiones. Definitivamente hoy celebramos en una mesa cuyos comensales, lugares y espacios, símbolos y signos, gestos y movimientos, unen vida y celebración, rito y realidad de una manera recreativamente evangélica. La celebración de la eucaristía desborda todo límite y barrera en la red relacional de la humanidad. Ella se constituye en una mesa de convergencia, encuentro y acogida, inclusive para la alteridad, alternativa y diferencia. Mesa de sentido aun del sin-sentido, desde la novedad del Evangelio donde la opción es por el sin-puesto, el último, el enfermo, el pobre, el excluido, el pequeño. La mesa de la celebración adquiere sentido hoy desde un pan que se fracciona en favor de la vida, en realidades significativas de entrega y donación. En ellas nos comprometemos desde acciones históricas a construir reconciliación, paz y justicia. Mesa de sentido que desborda la celebración de las satisfacciones socioculturales, económicas, políticas o religiosas proyectándose al banquete donde irrumpirá de manera definitiva la novedad del Reino.

* Doctor en Teología, Universidad Gregoriana, Roma. Licenciado en Filosofía y Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Actualmente director del Departamento de Teología de la Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Profesor de Reconciliación y Unción y de Eucaristía, en la Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana.

Aproximarnos a la celebración eucarística exige hoy una mirada amplia y suficientemente comprensiva de la red y el tejido que implica la vivencia de «compartir el pan». El sentido de la celebración se ve afectado por la realidad en donde se celebra, la realidad que se celebra, los implicados en dicha celebración, los motivos y circunstancias, los efectos y afectos allí encontrados. Junto a ello, la presencia siempre actuante del misterio pascual de Jesucristo, único, eterno, irrepetible y definitivo. Desde el Concilio Vaticano II la teología contemporánea ha realizado serios esfuerzos de reflexión teológica¹ ofreciendo elementos suficientemente valiosos que han de contribuir a la elaboración de una lectura significativa del misterio eucarístico de cara al nuevo milenio.

Por tanto, no podemos desconocer los aportes y las perspectivas que hoy nos ofrecen la teología bíblica² y sistemática³ para una lectura portadora de sentido del misterio eucarístico. El trabajo teológico realizado en referencia a la teología eucarística y específicamente al interés particular de querer establecer la relación que existe entre la eucaristía (misterio eucarístico) y el diálogo, pluralismo y emancipación (globalización) recoge, propone y destaca puntos y elementos que representan corrientes y horizontes del pensar teológico contemporáneo que ofrece un panorama suficientemente completo en orden a una visión orgánica e integral del misterio eucarístico.

La labor realizada hasta ahora se vale de la renovación posconciliar de la exégesis, la cual ha sabido realizar con rigurosidad metodológica, un serio esfuerzo de tratar de recuperar el significado auténtico de las palabras y los símbolos de

-
1. Cfr., BASURKO, XAVIER, *Compartir el pan de la misa a la eucaristía*, ("Colección Gentza 3"), publicaciones idatz Argitarapenak, San Sebastian-Donostia, 1987; AGUIRRE, RAFAEL, *La mesa compartida. Estudios del NT desde las ciencias sociales*, ("Colección Presencia Teológica, 77"), Sal Terrae, Santander, 1994; MALDONADO, LUIS, *Eucaristía en devenir*, ("Colección Presencia Teológica, 87"), Sal Terrae, Santander, 1997. AUTORES VARIOS, *Celebrar la eucaristía*, ("Colección documentos Celam, 144"), publicaciones Celam, Bogotá, 1997. AUTORES VARIOS, *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, ("Colección documentos Celam, 57"), Comité para el Jubileo del año 2000, comisión teológico-histórica, publicaciones Celam, Bogotá, 1999.
 2. LEON-DUFOUR, XAVIER, *La fracción del pan. Culto y existencia en el Nuevo Testamento*, Cristiandad, Madrid, 1983; ESPINEL, JOSÉ LUIS, *La cena del Señor. Acción profética*, Propaganda popular católica, Casa de la Biblia, Madrid, 1976; ESPINEL, JOSÉ LUIS, *La eucaristía del Nuevo Testamento*, (Estudio Teológico de San Esteban, Glosas 7), Edit. San Esteban, Salamanca, 1980.
 3. GESTEIRA GARZA, MANUEL, *La eucaristía misterio de comunión*, Ediciones cristiandad, Madrid, 1983; BOFF, LEONARDO, *Como celebrar a eucaristía num mundo de injusticaes*, Editora Vozes, Petrópolis, 1984; DUSSEL, ENRIQUE, *El pan de la celebración signo comunitario de justicia*, Concilium, 172, Cristiandad, Madrid, 1982.

los textos del Nuevo Testamento relacionados con la institución eucarística e intenta situar el misterio eucarístico en el movimiento de la revelación bíblica.

Igualmente, la exégesis bíblica, ha mostrado un particular interés por querer situar el acontecimiento de la eucaristía en la totalidad del misterio de Jesucristo. Para comprender la eucaristía se hace necesario conocer a Jesús, se ha de ir más allá de las palabras de la institución eucarística, con lo cual se impone un estudio de los textos y contextos del Nuevo Testamento afectados por la celebración y la doctrina eucarística.

Hoy no podemos desconocer el aporte de la teología de la liberación. Ésta nos ha llevado a una teología que ha de pensar la fe desde el lugar social y el lugar de la revelación, recrear el Evangelio desde el tenor de las enseñanzas conciliares. En una línea eminentemente posconciliar busca responder a la relación entre la celebración de la eucaristía y el compromiso liberador a partir del contexto de la última cena de Jesús con sus discípulos y de la concepción de eucaristía para la iglesia primitiva consignados en el Nuevo Testamento.

Es así como el quehacer teológico actual ha venido a enriquecer el proceso de maduración sobre la eucaristía, tanto en su praxis celebrativa, como en su reflexión teológica. Enfrentados a un mundo que sigue optando por la muerte; donde la guerra y la violencia se posesionan como vías de impotencia y rendimiento; a un mundo facilitador de quiebres, fraccionamientos y rupturas, en donde se fortalece la elitización, las diferencias, las marcadas divisiones; un mundo que continúa haciendo sofisticadas cadenas que esclavizan, doblegan, marginan y degradan, la eucaristía, se constituye en mesa de vida, comunión y liberación.⁴

Ante la totalidad abarcadora que se hace aprehensible, la lejanía espacio-temporal cada vez más cercana y la visión global más especializada, ante un mundo que va más allá de occidente, superando los límites de raza, lengua, sexo y religión, en donde se valida la comunión de étnias, culturas y creencias, la eucaristía se constituye en mesa para todos, donde siempre habrá un lugar, no sólo para el pequeño, desvalido y último, sino para el diferente, opuesto y distante.

JESÚS ESTÁ PRESENTE EN UN MUNDO DE AUSENCIAS

Ante el panorama mundial, dadas las circunstancias y situaciones de realidades concretas en el orden de la prepotencia del mal, el predominio es el de la nega-

4. Cfr., MARTÍNEZ VÍCTOR, *La eucaristía: mesa de vida, comunión y liberación*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1988.

ción, el obstáculo, la imposibilidad. El mundo carece de sentido, ausencia de amor que se manifiesta en un abanico de vacíos, expresiones del no: no a la vida, a la inocencia, al deseo, al gozo, a la caricia; no a los criterios, valores y principios; no a la ilusión, a los sueños y a las utopías; no al pasado, a la herencia o al legado.

Es en esta realidad donde se celebra la eucaristía presencia de amor que se manifiesta en Jesucristo, sentido de afirmación en favor de la vida, expresiones de positividad que acrecientan nuestra fe, fortalecen la esperanza y vigorizan nuestro actuar en bien de los otros. Es en la eucaristía donde el Ausente se hace presente para un mundo que vive las consecuencias de su ausencia; es en la eucaristía donde se hace Presencia actuante quien está aparentemente ausente.

El Nuevo Testamento subraya la presencia actual de Cristo al insistir en la iniciativa y presidencia de Jesús en las comidas, pero de manera singular y especial en la última cena: es Jesús quien se sienta con ellos y realiza la «fracción del pan»; es Jesús quien le promete a sus discípulos que volverán a comer con él, cuando los sienta a su mesa en su Reino. Esto es lo que las primeras comunidades viven y experimentan como un futuro que se les anticipa en los convites con el Resucitado.

La presencia de Jesús, el Cristo, invade todo el cosmos, penetra toda historia humana, tanto personal como colectiva, adquiere viveza de claridad y de fuerza en la comunidad eclesial. Todo este dinamismo desemboca en la comunión de los dones, en la comunión con el cuerpo de Cristo. Es en el pan y en la copa, bajo las acciones y las palabras de Jesús, donde puede plasmarse el gesto supremo de su donación personal.

Sin embargo, esta presencia eucarística de Cristo no es todavía la presencia en gloria y en poder propia de su manifestación final. Ella es presencia sencilla y escondida de un futuro ausente, siempre mayor de plenitud escatológica. De ahí que la eucaristía no sólo será presencia -cumplimiento, «epifanía», manifestación plena del futuro-, sino ausencia: anuncio, promesa, prenda de ese futuro escatológico. Esta tensión dialéctica, presencia-ausencia, exige la relación culto-existencia, haciendo que el comportamiento ético sea indisociable del culto.⁵

5. «Jesús es el ausente-presente. Su humanidad se transforma radicalmente con la muerte que Él acoge y que, por obra de Dios, pasa a ser vida definitiva. Su «cuerpo» ya no es el que se veía; en adelante se manifestará en la Tierra de manera distinta, a través del don del pan y de la copa y a través de los discípulos unidos a Él. En Jesús se cumple la alianza, se hace nueva y actual. Ya no es simplemente promesa, aun cuando sus efectos deban desplegarse en el tiempo y al final de los tiempos. Al recordar a Jesús los discípulos actualizarán esa alianza,

Supuesto esto, la acción litúrgica debe proseguir bajo la forma de compartir el pan, que consiste en promover la justicia, luchar contra el hambre en el mundo, liberar a los oprimidos de todo mal. Si el culto es el corazón de la vida fraterna, no por eso es expresión de un grado «superior», de una «cima»: no está por encima de la vida de caridad, sino dentro, es fuente de animación. Esta es la manera correcta de ver el misterio eucarístico.⁶

Es así como la mesa de la celebración de «la fracción del pan», se constituye en presencia real de afirmaciones en orden a la felicidad y realización de la humanidad. Presencia de amor dador de sentido que nos invita a vivir el jubileo en opciones concretas de afirmar la vida y negar la muerte.⁷

JESÚS SE HACE OFRENDA PARA UN MUNDO EGÓLATRA

En la actualidad el mundo ha supervalorado el poder, el tener y el placer en orden al acaparamiento, la reserva, al guardarse para sí. Se quiebra el sentido en los caminos de acceso para la realización del bien común, las ideologías absolutizan el mercado, se ha exacerbado el individualismo, predomina el afán de ganancia y posesión. Se levanta así un mundo egoísta que no se inmuta por la miseria de las mayorías, la desigualdad y la injusticia.

Es en esta realidad donde se celebra la eucaristía ofrenda de amor que se manifiesta en Jesucristo, sentido de donación en favor de la vida, expresiones de oblación que invitan a nuestra apertura en la acogida, aceptación y reconocimiento del otro, al compromiso real por hacer del desconocido mi prójimo y de mi prójimo mi hermano. Es en la eucaristía donde la ofrenda se hace don para un mundo que vive las consecuencias de su egoísmo; es en la eucaristía donde se hace don actuante quien se ha entregado por la humanidad.

porque el punto de referencia sigue siendo el Crucificado-resucitado. En Él está presente Dios, y tal presencia se expresa ahora por medio del pan eucarístico. (...).

Es cierto que la comunidad nueva está unida a Jesucristo, pero la presencia del Salvador se realiza a manera de ausencia. (...).

Evidentemente, los efectos de la transformación se dejan sentir en el orden sensible: una existencia de caridad y de servicio hasta el don de sí. Pero estas consecuencias, las únicas que hacen auténtico el culto ofrecido a Dios, no caracterizan la transformación propiamente eucarística; pertenecen al orden existencial de la práctica vivida en la vida cotidiana". LEON-DUFOUR, XAMIER, *La fracción...*, pp. 101. 103.

6. LEON-DUFOUR, XAMIER, *Ibidem*, p. 368.

7. Cfr., MARTÍNEZ, VÍCTOR, *Sentido social de la eucaristía I.-El pan hecho justicia*, ("Colección Teología hoy,23"), Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, 1995.

La «cena del Señor» como acción profética es presencia real de Jesús, el Cristo, y presencia celestial de Cristo-Jesús. Es decir, celebrar la eucaristía es pregonar ya la alegría del banquete del Reino en la celebración festiva de la resurrección proclamando la muerte de Aquél que dió su vida en favor de la humanidad. He ahí el polo tensional de la anámnesis eucarística, vislumbrado y vivido por las primeras comunidades en sus celebraciones: la muerte y resurrección del Señor.⁸

En las palabras y acciones de la última cena de Jesús no podemos separar la ofrenda de quien la ofrece, pues es Él mismo el don y el dador. En la cena como acción profética Jesús se hace ofrenda a través de su entrega.

La ofrenda es el ofrecimiento de la alianza nueva y el Reino, pero a la vez es la entrega de la vida misma y la persona de Jesús. La existencia histórica de Jesús es compendiada por Él en la cena, en gestos y hechos de oblación: un ofrendar ofrendándose, un ofrendarse, con el pan que nos hace uno, con la sangre de la común alianza, un darse total y radicalmente por los hombres; un entregar entregándose, un entregarse.

Esta dinámica de entrega de Jesús era ya vivida por Él a lo largo de su historicidad, particularmente, en la comensalidad con los pecadores, los despreciados, los débiles, los pequeños; allí en aquellas comidas donde Jesús, con su acogida, anticipaba gratuita y sorprendentemente el amor de Dios.⁹ Esta entrega se hace, en la celebración eucarística de la comunidad, signo eficaz del amor de Dios en la aceptación del otro hasta darnos nosotros mismos a Él.

8. «Siendo la última Cena de Jesús una acción profética escatológica, eficaz, que a modo de primicia nos entregó ya a Jesús con las virtualidades de su muerte y su triunfo, la celebración de la cena en la Iglesia por celebrarse cuando ya Jesús ha muerto y resucitado, dice relación con estos acontecimientos y no sólo con el anuncio que los atraía al cenáculo donde estaba el protagonista. En la cena de la iglesia, en la misa, está el Señor después de haber sido traicionado, negado, entregado y resucitado. Pero celebramos su misterio al modo de su última cena por voluntad suya, porque ya en ella se dio como banquete, y explicó el sentido de su muerte y la espera del triunfo de su causa, porque puso en ella toda su generosidad y nos invita a tener aquella actitud.» ESPINEL, JOSÉ LUIS, *La Eucaristía*, p. 172.

9. «Jesús comió con gente indeseable, sinvergüenza, injusta, usurera, opresora, egoísta. Cuando los Evangelios dicen que Jesús comía con pecadores, hay que entender que en realidad comía con pecadores. Esa es su novedad. Es verdad que comía con las multitudes, con sus discípulos, con los fariseos, que atraía a los niños. Pero su comer con los pecadores fue un gesto profético único, atacado por los puritanos y siempre reivindicado por él porque estaba transmitiendo con su actuación cuál era la situación del hombre ante Dios y la actitud de Dios para con los hombres.» ESPINEL, JOSÉ LUIS, *Ibidem*, p. 79.

Fue muy importante para la Iglesia apostólica, en fidelidad a la continuidad de la acción litúrgica del Señor, hacer vida la entrega del Señor, prolongar el servicio radical de Jesús. Desde ahora, el comportamiento de los discípulos habría de ser similar al de Jesús: una existencia para los demás.¹⁰

Es así como la mesa de la celebración de «la fracción del pan», se constituye en ofrenda real de donación en orden a la felicidad y realización de la humanidad; ofrenda de amor dador de sentido que nos invita a vivir el jubileo en opciones concretas de entregar la vida por los demás.¹¹

JESUCRISTO ACTUAR DE DIOS EN UN MUNDO PLURICULTURAL

En la actualidad el culto se ha desvirtuado. El fetiche, la magia, la superstición han creado reduccionismos, fragmentaciones, falsos derroteros para acceder a Dios. Sectas que se levantan con pretensiones de ser únicas en la posesión de la verdad han originado descalificaciones, aislamientos, encerramientos de consecuencias alienantes y trágicas. Se le ha dado la espalda a un mundo pluricultural; no hay lugar para el otro, menos para el diferente.

Es en esta realidad donde se celebra la eucaristía actuar del amor que se manifiesta en Jesucristo, sentido de compromiso en favor de la vida, expresiones de un obrar recto y justo que invita a acciones reales de vida, libertad y comunión. Es en la eucaristía donde el Verbo se hace acción, para un mundo pluricultural; es en la eucaristía donde se hace sentido actuante quien se ha verbalizado para la humanidad.

La actualización del misterio eucarístico nos sitúa en la práctica cultural de las primeras comunidades cristianas. La celebración de la presencia de Cristo les hace realmente partícipes de su Cuerpo.¹² Y les exige fijar su mirada en la persona

-
10. «Lo que el culto cristiano pretende va ciertamente más allá de la justicia, aunque lógicamente la incluye, porque te vincula como cuerpo de Cristo a cada hombre tendiendo a hacer de tí un proexistente, como lo fue Jesús, una existencia para los demás en el amor más sincero.» ESPINEL, JOSÉ LUIS, *Ibidem*, p. 288.
 11. Cfr. MARTÍNEZ, VÍCTOR, *Sentido social de la eucaristía II.-La justicia hecha pan*, («Colección Teología hoy, 24»), Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, 1995.
 12. La comunidad reunida, al comer el cuerpo eucarístico de Cristo, se hace ella misma cuerpo de Cristo. «El pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque, aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan.» (1Cor 10, 16b-17). La Iglesia forma el cuerpo resucitado y todavía crucificado de Jesús, en la medida en que este Jesús se nos da eucarísticamente en cada celebración del memorial

de Jesús y en su vida, expresión de su actitud de servicio y entrega incondicionales. Celebrar la cena remite al comportamiento ético que en definitiva determina el amor fraterno inspirado por Jesús.

La celebración de la eucaristía conlleva una exigencia interna dirigida al servicio fraternal porque constituye el memorial y la presencia de Jesucristo, el Señor resucitado, cuya vida y muerte han indicado el sentido de su existencia, una existencia comprometida en el amor, un ser-para-los-demás.

Es así como no podemos disociar la eucaristía de la vida, el culto de la existencia, la práctica cultural de la práctica ética. La práctica cultural del misterio eucarístico es compromiso en el amor que se traduce en la búsqueda de la justicia y en la construcción de la fraternidad.

En la totalidad de Jesucristo, acontecimiento existencial, que celebramos en la eucaristía, descubrimos el actuar de Dios:

La eucaristía como sacramento nace de la totalidad del evento Jesucristo: de la actividad del Jesús de Nazaret que celebró una última cena con los suyos en la que realizó unos gestos y pronunció unas palabras, que tenían un sentido peculiar en aquella ocasión, un sentido escatológico, y de la actividad de Jesús resucitado unida a la acción de su Espíritu que movieron a los apóstoles a reelaborar de modo nuevo la cena del Señor y a repetir sus gestos y palabras dándoles un sentido sacrificial y eclesiológico, sentido éste que se inserta ya en otro contexto, el de la continuidad de la historia y el de la misión de la Iglesia esparcida por el mundo. Todos esos pasos, con sus diversas mediaciones, constituyen la obra de Jesucristo y sin él no se las podría comprender adecuadamente tal como las comprendemos históricamente hoy.¹³

Es así como la mesa de la celebración de «la fracción del pan», se constituye en acción real de aceptación total en orden a la felicidad y realización de la humanidad. Acción de amor dador de sentido que nos invita a vivir el jubileo en opciones concretas de compromiso por la vida de todo hombre.¹⁴

de su pascua entre nosotros.» BOFF, LEONARDO, *E a igreja se fez povo. «eclesiogênese»: a igreja que nasce da fé do povo*, Vozes, Petrópolis, 1986. (Traducción castellana por Jesús García-Abril) ...Y la Iglesia se hizo pueblo. «eclesiogênese»: La iglesia que nace de la fe del pueblo, («Colección Presencia Teológica, 31»), Sal Terrae, Santander, 1986, p. 41.

13. BOFF, LEONARDO, *Pasión de Cristo-pasión del mundo. Hechos, interpretaciones y significado, ayer y hoy*, pp. 83-84.
14. Cfr. MARTÍNEZ, VÍCTOR, *Sentido social de la eucaristía III.-Acontecimiento de justicia*, («Colección Teología hoy, 25»), Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, 1997.

JESUCRISTO PRESENCIA DE AMOR EN UN MUNDO PLURICULTURAL

Dado el recorrido que hemos realizado, podemos constatar realidades contrarias a las ausencias, egoísmos y negatividades, que favorecen espacios y tiempos de presencia, solidaridad y afirmación en favor de la vida, el compromiso y la aceptación de los otros. La presencia de nuestro Dios en la persona de Jesucristo irrumpe de manera real en la celebración del misterio eucarístico y nos hace partícipes de su amor desbordante, apasionado, generoso y gratuito.

La celebración del misterio eucarístico es la celebración de la vida, es la celebración de la afirmación radical de nuestro Dios, por cuanto el pan eucarístico es presencia real de Jesucristo, el verdadero «pan de vida» (Jn. 6, 35): negación de toda negatividad. «Dios no desea que se ofrezca la vida del hijo asesinandolo en su presencia. Dios desea la vida del hijo como existencia libre; desea justamente como sacrificio que se niegue la muerte del muerto: la necesidad del pobre, del oprimido».¹⁵

La celebración del misterio eucarístico es el ofrecimiento libre del producto de la vida. Es la celebración de la necesidad satisfecha, del hambre calmada, del gozo y la alegría fruto de la satisfacción, por cuanto el pan eucarístico «es la realización plena de la praxis»¹⁶, praxis real del seguimiento de Jesucristo: «Tuve hambre y me disteis de comer.» (Mt. 25, 35).

El pan eucarístico de la «comunidad de creyentes» era un pan que había saciado la necesidad, en la justicia («los repartían...»), en la alegría del consumo, del comer, de la satisfacción. Era un pan de vida, comunitario, de amor. Es la utopía del cristianismo originario y la utopía del Reino último; es el horizonte de comprensión crítica de todo sistema económico histórico, justicia como condición práctica de posibilidad de la celebración eucarística que salva.¹⁷

Porque el pan eucarístico es el mismo Jesucristo, la celebración del misterio eucarístico «es el banquete que exige que todos los comensales hayan saciado su hambre material en la justicia histórica. La eucaristía recuerda la justicia, celebra la justicia y anticipa la justicia del Reino (al decir justicia decimos igual-

15. DUSSEL, ENRIQUE, «El pan de la celebración. Signo comunitario de justicia», en *Concilium*, 172, p. 245.

16. DUSSEL, ENRIQUE, *Ética comunitaria*, p. 20.

17. DUSSEL, ENRIQUE, «El pan de la celebración. Signo comunitario de justicia», en *Concilium*, 172, p. 246.

mente salvación y liberación). La eucaristía es así el horizonte radical de crítica de todo sistema histórico de injusticia económica».¹⁸

Es así como la mesa de la celebración de la «fracción del pan» es acción real de amor que desborda toda justicia haciéndola efectiva y afectiva en la cotidianidad; amor de reconciliación que desborda toda conversión, penitencia y perdón; amor de solidaridad que sobrepasa todo límite étnico, religioso y cultural. La mesa de sentido multicultural, donde el dialogo interreligioso, el ecumenismo, la acción de unidad se hace comunión, abanico pluricultural donde se expresa el amor de Dios.

18. DUSSEL, ENRIQUE, «Arte cristiano del oprimido en América Latina», en *Concilium*, 152, p. 216.